

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 844 Sábado 30 de Diciembre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Terminar y volver a empezar**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Ese maldito olvido**, *Gerardo Hernández*
- ✚ **Formas de estado contemporáneo**, *Alberto Buela*

Terminar y volver a empezar.

Emilio Álvarez Frías

Se termina el año 2023; y, sin espacio de tiempo, nos encontramos en un año nuevo que portará la designación de 2014.

Si hacemos balance tendremos que reconocer que hay compatriotas que durante 2023 lo habrán pasado bien, probablemente habrán tenido la oportunidad de disfrutar de vacaciones en playas o montañas, en buenos hoteles o en casas rurales, en pisos dedicados al turismo o en la vieja casa familiar del pueblo. Pero si la visión comprende el total de la nación, también podemos apreciar que no pocos coterráneos no habrán tenido esa oportunidad, y no serán pocos los que han saboreado los calores en su casa de siempre, aunque algunos habrán tenido la oportunidad de visitar alguna piscina y, en ese tiempo una cifra más que respetable habrán arrastrado por las calles sus enseres por carecer de lugar donde vivir, o se habrán visto obligados a acudir a comedores de caridad a tomar una comida –quizá la única en todo el día–, o a recoger una bolsa para que poder alimentar a toda la familia.



¿Por qué un año tan nefando? Si se lo preguntamos a Pedro Sánchez o a alguno de los chupópteros que viven del presupuesto nacional gracias a las dádivas del citado,

asegurarán que en España no existe la mendicidad, que el estado generoso otorga dotaciones a todos los que lo necesitan, que no deben hacer casos de los malvados de la derechas o de ultraderecha con sus falsedades, que el gobierno sanchista tiene todo previsto para que los españoles no pasen hambruna. Ello es la cantinela incluso de Pedro cuando habla por la tele, cuando da su mensaje de... –será de año viejo pues la Navidad a él no le va– sin acordarse de la plantilla de casi tres millones de parados que se reparten por toda España, pues es un dato que se escabulle entre las mentiras que brujulean en su mirada, y suelta por la boca al presentar un país que nada tiene que ver con el que se desprende de lo sugiere el Rey en su mensaje de Nochebuena, mensaje con el que coincidimos la mayoría de los españoles que no forman parte de la piara sanchina.

Lo malo es que los horizontes que aorecen tras las nubes nos auguran un año 2024 parecido a 2023, y a los que nos ha ido ofreciendo Pedro Sánchez desde que se aupó al Gobierno de España. Aunque, también debemos reflejarlo, la esperanza, que nunca la perdemos, nos dice que Pedro en algún momento topará con una piedra de su paradójico camino, pues es incomprensible cómo no ha topado con ella hasta ahora. ¿En qué punto estará? ¿Quién se la pondrá para que dé con la crisma en el suelo? Aunque movemos los datos dentro del cubilete, no atinamos a decir cuál de ellos será el que eche sobre la mesa el que permita ganar la partida.

A todo esto, amigos, seguir yendo a la Puerta del Sol a tomar las uvas, o tomarlas en casa con alegría o en las plazas de vuestro lugar; bailar, cantar, gritar ¡Viva España!, que no está lejos para que podamos disfrutar de una España ordenada y limpia. Una España alejada del actual lodazal que limpiaremos para hacerla refulgir por todos los lados.

¡Feliz año 2024!



Ese maldito olvido

Gerardo Hernández

En estas fiestas navideñas nos deseamos felicidad unos a otros, así como toda clase de dichas y venturas para el año que va a empezar. Y, al mismo tiempo, echamos la vista atrás, aunque sea por un momento, y recordamos fugazmente lo último ocurrido y, con un poco más de detenimiento, a los familiares, amigos y conocidos que se han ido y a los que ya no volveremos a ver.

Sin embargo, a lo largo del año parece que sufrimos una especie de amnesia colectiva y pertinaz que hace que hayan desaparecido (o casi) de nuestra memoria, hechos y acontecimientos que, no ha mucho, nos han impresionado y sobrecogido. Unas noticias sustituyen a otras con velocidad de vértigo y hasta parece que no han ocurrido. No obstante, y frecuentemente por motivos políticos, partidistas o revanchistas, nos empeñamos a recordar permanentemente otros hechos que cuentan con varios decenios de antigüedad. Tal ocurre, por ejemplo, con nuestra Guerra civil de 1936 a 1939.

Hay sucesos más recientes que, como ya no son noticias de primera página, parece que no han sucedido nunca y les damos al olvido con una tranquilidad asombrosa.

En un par de meses se cumplirán dos años de la alevosa invasión de Ucrania por parte de la Rusia de Putin.



En los primeros momentos todo eran reportajes, fotografías, envíos de armas, de pertrechos y ayudas económicas. Y una corriente de solidaridad acogiendo a quienes escapaban y se refugiaban en otros países de Europa. En la actualidad tal parece que el mundo occidental se esté cansando o aburriendo de lo que allí ocurre. Apenas, de vez en cuando, aparece alguna noticia en algún rincón de algún periódico o en algún breve espacio en otros medios de comunicación. Nos tememos que esas ayudas masivas de los primeros meses de la invasión se vayan espaciando, vayan disminuyendo y hasta que desaparezcan, abandonando a los ucranianos a una suerte, por cierto, nada halagüeña. Pero en Ucrania, diariamente, se siguen produciendo cientos de bajas de uno y otro lado y sigue la destrucción sistemática de las ciudades. Y miles de ucranianos, principalmente mujeres y niños, siguen desperdigados por Europa en espera de poder regresar a su patria. Y nosotros lo estamos olvidando.

Tampoco hace mucho tiempo que las primeras páginas de los periódicos y los programas más destacados de la televisión nos ponían ante la tragedia de los graves terremotos en Turquía, Siria o Marruecos y las inundaciones en Libia,

con cientos de muertos, miles de heridos y millones de personas que, aparte de la vida de sus familiares más próximos, habían perdido sus viviendas y todas sus pertenencias. La reacción de las demás naciones fue inmediata y la ola de solidaridad parecía que lo iba a anegar todo.

Alimentos, medicinas, prendas de abrigo... llegaban a los damnificados mientras una legión de bomberos, soldados y sanitarios con una generosidad y capacidad de sacrificio admirables se aprestaron a socorrer a aquellas pobres gentes, esforzándose por extraerlas de entre los escombros y montando hospitales de campaña y campamentos de urgencia mientras nos ofrecían imágenes estremecedoras del rescate de niños que, incluso, habían permanecido sepultados durante días junto a sus padres muertos.

Transcurridas unas semanas esos bomberos, soldados y sanitarios desmontaron sus campamentos y hospitales y regresaron a sus países de origen. Pero, ¿qué ha ocurrido con las víctimas, con los damnificados?, ¿han podido recuperar su vida normal o siguen malviviendo en campamentos improvisados en medio de las inclemencias del periodo invernal?, ¿siguen recibiendo ayudas



o su tragedia es, para una buena parte del resto del mundo, un episodio pasado y olvidado?

En la actualidad, son imágenes y titulares de primera página en los periódicos y reportajes y programas prioritarios en los otros medios de comunicación todo lo relacionado con lo que ocurre en Gaza.

Repudiando sin paliativos la matanza de más de 1.200

israelíes del día 7 de octubre, perpetrada por los milicianos de Hamas en varios asentamientos judíos, el mundo, o buena parte de él, asiste horrorizado a la respuesta de Israel que, por otro lado, y teniendo en cuenta precedentes en la mente de todos, era de temer y de esperar. Respuesta en la que un ejército bien preparado y pertrechado arrasa las ciudades de la franja y provoca con sus bombardeos la muerte de, según parece, ya más de veinte mil palestinos entre los que se cuentan unos ocho mil niños cuyos cuerpos exánimes son rescatados de entre los escombros por sus padres, en medio del llanto desgarrador de sus madres y con la ayuda de sus otros hermanos, también menores.

Hoy tenemos esas imágenes muy presentes, nos espantan, horrorizan y sobrecogen, pero, ¿cuánto tiempo tardaremos en olvidarlas?, ¿cuánto tiempo tardarán en ser solapadas por otras de mayor actualidad?, ¿durante cuánto tiempo el ejército israelí seguirá con su implacable represalia?, ¿cuántos niños más tendrán que morir?

En tiempos de las persecuciones se decía que la sangre de los mártires era semilla de cristianos. ¿Qué efectos tendrá, en el futuro, la sangre de estos niños sobre sus hermanos, hoy todavía también niños, pero jóvenes dentro de unos pocos años? Ellos, ¿olvidarán también? Y el mundo que hoy se muestra sobrecogido y espantado, ¿lo dará al maldito olvido o pondrá los medios para que no vuelva a ocurrir? Lo siento, pero lo veo desde la óptica del escepticismo.

Menos mal que Dios tiene mejor memoria que los humanos.

Formas del estado contemporáneo

ALBERTO BUELA

Filósofo. Tomado de *Cuadernos de Encuentro* n° 125, correspondiente a Enero de 2009, editado por el Club de Opinión Encuentros

Es un hecho más que evidente que estamos asistiendo a la disolución de la estatalidad, existen hoy compañías y empresas privadas que son más poderosas que algunos Estados¹. Se está produciendo la anulación del concepto de soberanía, esencia última de la idea de Estado. Y éste se ha transformado en un instrumento incapaz de cumplir con lo fines esenciales de lo político, para lo que fue creado.



La pregunta sobre el Estado es una pregunta moderna² pues aparece con el surgimiento de los estados nacionales en los albores del siglo XVII y es planteada por primera vez por Jean Bodin (1530-1596).

Así pues, si los filósofos griegos caracterizaron el poder político con relación a la *polis* –la denominada ciudad es-

tado–, los romanos a la relación *civitas-imperium*, y los filósofos cristianos referían el poder a la Cristiandad –conjunto de pueblos de Europa unidos por la fe, las costumbres y el orden social–, es Jean Bodin quien caracterizó por primera vez al poder político –rota la unidad religiosa por la reforma protestante– con relación al Estado como unidad superior y neutra a las partes en pugna.

Ahora bien, el concepto de Estado no es un concepto absoluto, independiente y completo en sí mismo, sino que es *relativo a*; esto es, vinculado a otros conceptos como los de nación, sociedad, gobierno y pueblo.

Existen tantas versiones de Estado como proyectos ideológicos entran en juego en el mundo de las ideas y de la acción.

¹ Hoy tenemos como ejemplo el caso de Ponsombilandia, perdón, Uruguay, donde la compañía finlandesa Botnia se muestra más poderosa que el Estado uruguayo y no tiene en cuenta el pedido del presidente de ese país para parar las obras de la papelera que seguramente contaminará las aguas del río homónimo.

² Los italianos denomina *lo stato*, que significa: *lo que está ahí*, al aparato de poder superpuesto artificialmente, mecánicamente a la vida orgánica, natural y espontánea de la ciudad, de la antigua Comuna.

A continuación expondremos sintéticamente las tres principales formas de Estado plasmadas durante el siglo XX: el estado liberal-capitalista, el estado nacional-fascista, y el estado marxista-leninista.

La versión liberal define el Estado como «la nación jurídicamente organizada».

El Estado es así considerado como un órgano neutro, agnóstico y laico, cuya función principal es el mantenimiento del orden público. El Estado no es más que un «gendarme» (*stato carabinieri*) que se identifica con el derecho y con el orden legal. (Cfr. John Locke: *Ensayo sobre el gobierno civil*, cap. VII). *L'état veilleur de nuit* en la apropiada definición de Ferdinand Lasalle (1825-1969) para defender la seguridad de los individuos y la propiedad privada. Su dios no es otro que el monoteísmo del libre mercado.

La versión fascista define el Estado como «un sistema de jerarquías que debe expresarse a través de la parte más egregia de la sociedad como guía de las clases inferiores». El Estado es un fin para el fascismo –*Stato fine y no stato mezzo*–. Su fórmula es: «Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado» (Cfr. Benito Mussolini: *El espíritu de la revolución fascista*, Bs. As., 1984, cap. IV). El Estado fascista cubre –totaliza– todas las posibilidades de realización del individuo. Así los cuerpos



intermedios entre el individuo y el Estado como por ejemplo los sindicatos son creados por el Estado y desde el Estado, y son ellos agentes de acción política como apéndices o colaterales del partido oficial único.

La versión marxista-leninista define al Estado como «una máquina para mantener la dominación de una clase sobre otra».

La fundamentación más explícita de esta proposición es la ofrecida por Antonio Gramsci cuando dice: «En

una sociedad determinada nadie está al margen de una organización y de un partido, ya que ello se entiende en un sentido amplio y no formal. En esta multiplicidad de sociedades particulares de doble carácter –natural y contractual o voluntaria– una o más prevalecen relativa o absolutamente, construyendo el aparato hegemónico de un grupo social sobre el resto de la población (o sociedad civil), base del Estado, entendido estrictamente como aparato gubernativo-coercitivo» (*Sobre el Estado moderno*, Bs. As., 1984, p. 161).

Como solución a esta opresión propone Lenin: «Relegaremos esta máquina a la basura, entonces no existirá ni Estado ni explotación. Constituiremos la sociedad libre de los productores asociados» (*Sobre el Estado*, Pekín, 1975. pp. 11 y 25).

Ahora bien, todo esto en teoría, pero en la práctica –no olvidemos que el marxismo antes que nada es una praxis para la toma del poder– el marxismo-leninismo se construyó sobre la base de un estado totalitario. Él mismo reúne cinco rasgos esenciales:

1. Ideología oficial que abarca todos los aspectos de la vida.
2. Un partido único dirigido por un secretario general.
3. Un sistema de control policíaco sobre la sociedad civil.
4. Concentración en manos del estado de todos los medios de comunicación y publicidad.

5. Control central de la economía.

Estas tres formas principales de Estado desarrolladas durante el siglo XX nos lleva a la pregunta acerca de la esencia del Estado o cuál sea su naturaleza.

Así el liberalismo toma el Estado como *un medio* (gendarme o guardián nocturno). Tal Estado tiene sólo por finalidad la protección jurídica y no la actuación social. Su ley suprema no es el bien común sino la suma de las voluntades individuales (principio de la mayoría de la democracia formal).

El marxismo también lo caracteriza como *un medio* (máquina opresora) y propone su eliminación lisa y llana en favor de la «sociedad comunistas de los productores asociados».

Por su parte el fascismo lo absolutiza como *un fin* en sí mismo, hipostasiando el Estado como ente cuasi divino. En el fondo su explicación devino más teológica que filosófica y su propósito, en verdad, sólo se logró parcialmente, porque su estadalatría, al decir de Arturo Sampay (1911-1987) no sólo nunca pudo plasmarse sino que perdió toda posibilidad de existencia. De ahí que todo lo que pueda hacerse actualmente en nombre del fascismo es arqueología política.



Ahora bien, más allá de estas tres grandes corrientes políticas con proyección internacional, han existido intentos político-filosóficos de índole local o nacionales de plasmar Estados concebidos de otra manera.

En Argentina el único intento de reformulación de la naturaleza del Estado en el siglo XX, ha sido el llevado a cabo por el justicialismo, con la sanción de la Constitución de 1949.

En el Informe a la Asamblea Nacional Constituyente podemos espigar las grandes líneas de esta concepción del Estado.

Así afirma taxativamente: «El Estado es para el hombre y no el hombre para el Estado [...]. El Estado resguarda la libertad a la persona y la hace efectiva promoviendo el bien común. En el orden justo. El totalitarismo es la contrafigura de esta concepción política porque degrada al hombre a la situación de instrumento del Estado divinizado [...] pero el Estado en la reforma que se propone, si bien tiene como fin la perfección y la felicidad del hombre que vive en sociedad, abandona la neutralidad liberal, que, se reitera, es a favor del poderoso, y participa en las cuestiones sociales, económicas, culturales, como poder supletivo e integrador, para afirmar un orden positivo, restituyendo o asegurando al hombre la libertad necesaria a su perfeccionamiento» (Cfr. *Constitución nacional 1949*, Ed. Pequén, 1983, pp. 35 y 36).

Resumiendo entonces vemos que el Estado para el justicialismo es *un medio*, del que se sirve el hombre en comunidad para alcanzar el bien común –razón última de la existencia del Estado–. Para lo cual el Estado puede ser utilizado como poder supletivo (principio de subsidiariedad) enunciado por De Bonald y más recientemente por Pío XII en su encíclica *Quadragesimo Anno*, o como poder integrador (principio de solidaridad) enunciado por Max Scheler y posteriormente por Juan Domingo Perón

en su discurso ante la Asamblea Legislativa el 1-5-74, conocido como *El modelo argentino para el proyecto nacional*.

Ahora bien, si el Estado es medio, quiere decir que tiene su ser en otro y no un ser en sí, pues su ser es «ser para» como el de todo instrumento, se impone la pregunta acerca de quién lo instrumenta. La respuesta es indubitable. El Estado es un instrumento del gobierno para la consecución del bien común general de la comunidad política que dicho gobierno rige. Este bien común mencionado hasta el hartazgo se logra cuando el gobierno puede consolidar: la seguridad exterior del Estado, la concordia interior y la prosperidad general de la población.

Y con esta última respuesta superamos terminantemente el meollo de la confusión más difundida de la ciencia política; aquella que identifica estado y gobierno.

Esta confusión que se encuentra explícitamente señalada tanto por Lenin, gran hierofante del comunismo: «El problema del Estado es uno de los problemas más complicados y difíciles, tal vez aquel en el que más confusión sembraron los eruditos, escritores y filósofos burgueses»



(Op. cit. pp.1), como por Jacques Maritain, factotum intelectual de la democracia cristiana internacional: «Tales conceptos (de nación, estado, gobierno) son nómades no fijos. Ahora se utilizan como sinónimos y luego en abierta oposición. Todo el mundo

se encuentra más a sus anchas al utilizarlos, cuanto con más inexactitud conoce su significado» (*El hombre y el estado*, Bs. As., 1953, p. 13). Esta confusión, decimos, que agudiza el academicismo constitucionalista, es la que viene a resolver el justicialismo que distingue claramente entre gobierno, estado y organizaciones libres del pueblo. Así la naturaleza del gobierno es concebir, fijar los fines, por lo que es centralizado, y la del estado ejecutar a través de sus aparatos, es descentralizado, y la de las organizaciones libres del pueblo, llamadas técnicamente cuerpos intermedios, ser factores concurrentes en los aparatos del estado que les sean específicos para condicionar, sugerir, presionar, de tal manera que el gobierno haga las cosas lo mejor posible (Cfr. J. Perón: *Política y estrategia*, Ed. Pleamar, Bs. As., 1971, p. 166 y sig.).

Resumiendo entonces, el Estado existe en sus aparatos que como tales son medios o instrumentos que sirven como gestores del gobierno –Gerente del bien común como decía Sampay– para el logro de ese bien. Pero, por el hecho de ser medio, el Estado tiene su ser en otro, y ese otro es la nación, entendida como proyecto de vida histórico de una comunidad política. De ahí que un Estado sólo pueda ser un estado nacional, de lo contrario devendrá una nada de estado. Se convierte en instrumento de otro proyecto de nación distinto de aquel por el cual había sido creado. Estos últimos son los estados dependientes en relación con los estados hegemónicos, imperialistas o colonialistas.